



CAPITULO XI

**DOÑA ISABEL BARRETO Y LA
CONQUISTA DE LAS TIERRAS
AUSTRALES**

CAPITULO XI

Una de las expediciones en que fué más decisiva la actuación de una mujer—pues que acabó mandándola y se convirtió por muerte de su esposo en Adelantado de las conquistas—fué dirigida por don Alvaro de Mendaña o Bendaña por las aguas del Pacífico, en demanda de islas desconocidas que son llamadas por los historiadores con el nombre genérico de Tierras Australes.

No concierne a nuestro trabajo el relato de la expedición, pero hemos de resumirla siquiera en la forma más breve para poder situar la figura de la mujer que tanta participación tenía que tener en ella. Conocedor de la existencia, por referencias imprecisas, de ricas islas en las todavía poco exploradas aguas del Pacífico, don Alvaro de Mendaña organizó una expedición para ir en su descubrimiento desde las tierras del Perú. En este primer viaje le acompañó la fortuna y dió fácilmente con nuevas tierras, entre ellas las islas de Jesús, Santa Isabel, Guadalcanal, Santiago, San Cristóbal, y otras varias que recibieron en conjunto el nombre de Archipiélago Salomón.

No era don Alvaro hombre de grandes arrestos, por lo que sin haberse extendido demasiado en la exploración de las nuevas tierras, emprendió el regreso con la intención de volver, dotado de mayores contingentes de hombres y más amplios recursos.

CAPITULO ALFONSO

1) DOÑA ISABEL BARRETO, ESPOSA DE MENDAÑA

Provisto después de largas negociaciones en la Corte con el título de Adelantado de las nuevas tierras, consiguió reunir con cierta facilidad una abundante tropa, pues Mendaña había difundido, sin excesiva comprobación, la existencia de extraordinarias riquezas auríferas, en las islas descubiertas. Mientras preparaba desde el Perú la nueva expedición, don Alvaro trabó conocimiento con una atractiva mujer, muy enérgica y decidida, que como tantas otras había pasado a América con la intención de abrir anchos campos a su ambición. Se desconoce con exactitud su región de origen, aunque se la supone oriunda de Galicia o Portugal. Su conocimiento con don Alvaro no fué sin duda casual, pues a la avispada mirada de doña Isabel no pudo pasar inadvertida la existencia de aquel nuevo caudillo, nombrado Adelantado de unas islas misteriosas, ya descubiertas, con fama de grandes riquezas. Don Alvaro era soltero, poco curtido en lances amorosos—como lo era también en empresas descubridoras y militares—y a doña Isabel no le fué difícil ganarse su amor y casarse con él poco menos que por la posta. La nueva travesía del Pacífico, fué también para don Alvaro su viaje de bodas.

De tan arriesgado y largo viaje fué el cronista un interesante y complicado miembro de la expedición, Pedro Fernández de Quirós, única fuente de este viaje, y a quien por tanto es fuerza seguir para conocer las andanzas de doña Isabel (1).

2) MUJERES EN LA EXPEDICION

Como es frecuente en los relatos de los cronistas—según recordamos en la "Introducción"—Quirós no nos informa de las varias mujeres que se embarcaron con Mendaña y su esposa, pero luego en el curso de la narración, se citan varias de ellas que a lo largo del viaje tuvieron actuación más o menos destacada.

(1) PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, *Historia del descubrimiento de las regiones australes*. Tres vols. Madrid, 1876-1882.

La primera de quien el cronista hace memoria es la propia esposa del Almirante Lope de Vega, pues Mendaña que conocía su limitación en los conocimientos náuticos, había confiado la dirección marinera de la empresa a este caballero, y éste era quien la mandaba desde la nave llamada "Almiranta". El Pacífico hizo esta vez escaso honor a su nombre, y en el curso de una tempestad, la Almiranta se perdió sin dejar rastro ni memoria. La esposa del Almirante, doña Mariana de Castro, viajaba en la nave de Mendaña con doña Isabel Barreto, y al darnos cuenta de la pérdida de la nave, sabemos por primera vez de la existencia de esta señora. Dice Quirós: "... quien más perdió de vista fué doña Mariana de Castro, esposa del Almirante, que por su falta bien lloró y continuó, y el general aunque quiso, no pudo disimular, como a todos a quien amargó su parte" (2).

Don Alvaro de Mendaña, poco experto como decimos, en cosas marineras, no había tomado con suficiente exactitud el emplazamiento de las islas en su anterior viaje, y éste se prolongó mucho más de lo calculado. Se había ya rebasado con creces la distancia que se suponía, y las necesidades de toda índole hacían ya su aparición. Gran parte de los víveres habían sido ya consumidos, y el resto, con el tiempo transcurrido y la distancia, se habían estropeado. El agua había sido embarcada en miles de botijos, pero con golpes de mar, se habían roto gran parte de ellos y habían sido ya preciso racionarla. De este modo la inquietud fué en aumento y la tripulación comenzó a mostrarse hostil contra don Alvaro al que se acusaba de impericia.

3) DOÑA ISABEL, MUJER AUTORITARIA

Desde entonces comienza también a mostrarse la participación de doña Isabel en las dificultades que siguieron. Como se deduce de todo el relato de Quirós, doña Isabel era harto vanidosa, y había llevado consigo una provisión de galas que parecieron poco oportunas desde el momento en que la tripulación había comenzado a sufrir. Doña Isabel no disminuía, sin embargo, su ostentación a pesar de los peligros. La escasez de vive-

(2) FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, *op. cit.*, tomo II, p. 60.

res se achacaba a los enormes gastos realizados por doña Isabel en la preparación de su enorme ajuar. "También se decía que en los vestidos de doña Isabel había para gastar dos años; y que dijo uno que se había de tener por muy dicho quien casase a su mujer de la mano" (3).

Con incansable oficiosidad, doña Isabel amargaba el ánimo de Mendaña informándole de todas cuantas protestas llegaban a sus oídos, mientras el Adelantado se debatía entre el sometimiento a su mujer y la necesidad de contemporizar y mantener adicta a la tripulación. Las murmuraciones contra la señora eran constantes, y varios se atrevieron por fin a protestar de la ingerencia de la mujer en las decisiones del gobernador. "En otra salida tomó la mano el maese de campo, quejándose al Adelantado, por cosas que doña Isabel había hablado de él..." (4).

El maese de campo, hombre inquieto, a pesar del odio creciente que mantenía contra el Adelantado y su esposa, quiso valerse en una ocasión de ciertos alborotos, para deshacerse a su vez de otros elementos que le molestaban. "Este era el estado de las cosas cuando el maese de campo fué a la nao a hablar al Adelantado, que pues le tenía sólo, le hiciese dar garrote y le colgase de una antena; también le daba priesa doña Isabel Barreto, su mujer, que decía a su marido: —Señor, matadlo, o hacedlo matar ¿qué más queréis, pues os ha venido a las manos? Y si no, yo le mataré con este machete. Era el Adelantado prudente y no lo hizo..." (5).

La decisión y petulancia de doña Isabel a quien no arredaban las dificultades, iba en aumento.

No siempre, sin embargo, iba a ser tan nociva su intervención. Se había llegado a una isla que no era, sin embargo, de las que se buscaban. Un cacique llamado Malope había hecho buena amistad con los españoles y remediado sus necesidades con abundantes obsequios. No había oro, sin embargo, y los soldados, defraudados, trataron de acosar a Malope para que les entregara un oro inexistente. Un día varios de aquellos trataron

(3) QUIRÓS, *op. cit.*, t. II, p. 86.

(4) QUIRÓS, *op. cit.*, t. II, p. 88.

(5) QUIRÓS, *op. cit.*, t. II, p. 101.

de matarle. "Llegados a la nao, le dijo doña Isabel al piloto mayor cómo el otro día iban de campo a matar a Malope; y como lo supo, avisó al Adelantado de la amistad que le había hecho pidiendo avisase al campo no se fuese a hacerle mal a quien tanto bien nos hacía. Calló el Adelantado holgándose de lo que el indio había hecho, alabando su buen trato..." (6).

Doña Isabel para bien o para mal estaba en todo, y una vez más su intervención era decisiva para la marcha de los acontecimientos, si bien la muerte de Malope se verificó posteriormente.

Las rivalidades internas seguían, y esta vez le tocó el turno al maese de campo. Su levantisca actitud había llegado a tanto, que el pacífico Mendaña tuvo que decidir su muerte. Con ocasión de ésta, vemos aparecer nuevamente una mujer inominada y no citada hasta entonces, realizando los buenos oficios que tantas veces hallamos en ocasiones como ésta. "Estaba el miserable tendido y palpitante en el suelo diciendo —¡Jesús María!— y una buena mujer que se llegó ayudándole a bien morir; y uno de buena alma no hacía sino encasar la espada, y la buena mujer reñirle. Al fin le acabaron así y el Adelantado se enterneció..." (7).

Poco después, en el motín que promueven los descontentos, vemos aumentar el número de mujeres de la expedición. "A la grita y ruido de las armas, salieron las mujeres turbadas y desgreñadas. Unas pegaban a sus maridos, otras torciendo las manos, decían lástimas. Parecía cosa de locos ver andar buscando con los ojos a quien matar, diciendo con las espadas desnudas: ¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores!" (8).

Las buenas mujeres, de las que Quirós se ha olvidado hasta aquí, intervienen una vez más para pacificar los sangrientos disturbios.

Poco después, y como remate del suceso precedente nos cuenta Quirós: "Y en este tiempo venían doña Isabel y su hermana en la nao, que por ellas había ido el capitán del machete a dar la nueva y el parabién de la victoria que él sabía celebrar, y

(6) QUIRÓS, *id.*, p. 107.

(7) QUIRÓS, *id.*, *id.*, p. 110.

(8) QUIRÓS, *id.*, *id.*, p. 112.

alabarse de que había dado una buena cuchillada al maese de campo, y hecho cortar las dos cabezas. Decía: —ya agora eres señora, y estás marquesa y yo capitán, que esta muerto el maese de campo" (9).

No puede ser más significativo el episodio. El capitán adulator conoce bien el mando efectivo de doña Isabel, y es a ella a quien felicita por la muerte del maese de campo, su enemigo, y no al marido don Alvaro, siempre a remolque de los deseos de su esposa.

4) LA GOBERNADORA DE LOS MARES DEL SUR

Poco después llega el momento culminante que colma la ambición de doña Isabel. Don Alvaro, enfermo de gravedad, se siente morir y ordena su testamento. "El Adelantado se halló tan flaco que ordenó su testamento que apenas pudo firmar. Dejó por heredera universal y nombrada por gobernadora a doña Isabel Barreto, su mujer, porque de Su Majestad tenía cédula particular con poder para nombrar la persona que quisiese" (10).

Desde entonces doña Isabel actúa como auténtico general en jefe, y la expedición toma el rumbo de su voluntad, sin arredrarse nunca por los enormes peligros y dificultades que todavía les esperan. Hay que advertir, sin embargo, que apesar de todas las inconveniencias cometidas, su tenacidad salvó los restos de la expedición, que sin su presencia se habría perdido irremediablemente. Los marinos desesperados deseaban volver al Perú, lo que suponía una locura, pues no se hallaban en condiciones sus navíos de correr tan largas singladuras, y volver habría sido el suicidio. "Este día propuso la gobernadora a los pilotos que quería salir de aquella isla a buscar la de San Cristóbal, por ver si en ella hallaba la nao Almiranta, para hacer lo que fuese más servicio de Dios y de Su Majestad; y que si no la hallasen, su determinación era ir a la ciudad de Manila, en Filipinas, a traer sacerdotes y gente para volver a la población y

(9) *Ibid.*, p. 113.

(10) *Idid.*, p. 122.

acabar aquel descubrimiento; y que para esto rogaba, persuadía y mandaba a cada uno de los que allí estaban, le diesen su parecer en la forma que entendiesen ser más conveniente..." (11).

En el viaje hacia Manila, la sed y el hambre llegaron a extremos inconcebibles. Contra la desesperación de las tripulaciones que hubieran asaltado las bodegas y acabado en pocos momentos con las escasas reservas aún acumuladas, doña Isabel se mantuvo firme con una autoridad que parece imposible en el más duro marino. "Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento a Lázaro. Las mujeres, con las criaturas en los pechos, los mostraban y pedían agua y todos a una se quejaban de mil cosas..." (12).

Nuevamente, a la vez que somos informados de la presencia de aquellas heroicas mujeres, con niños recién nacidos, conocemos lo incommovible de aquella hembra excepcional. No todo, sin embargo, era prudencia y buen gobierno en doña Isabel. Su negativa la dictaba en buena parte la avaricia y el egoísmo de que no faltase para sí, como veremos luego. Tasaba los alimentos pensando en ahorrar gastos, en una empresa que en buena parte miraba como una operación mercantil. "Al piloto mayor le dijo uno que se echaría a la mar aunque le llevase el diablo cuerpo y alma; y otros muchos le decían que pues los sabía mandar, que les diese de comer, y juntamente de las botijas de vino y aceite y vinagre que tenía la gobernadora, o que se las vendiese al precio de su trabajo, o que ellos le darían prendas o pagarían en Manila, o le darían otro tanto de lo mismo, pues era para cobrar fuerzas para llevar la nao y a ella, o si no que muriesen todos a trueque de que ella muriese... El piloto mayor trató por veces a la gobernadora de éste pleito, que duró todo el viaje, y le dijo que mucho peor era morir que no gastar. Díjole que más obligación tenía a ella que no a los marinos que hablaban con su favor del, y que si ahorcasen a dos, los demás callarían... Al fin dió dos botijas de aceite; mas como eran muchos, gastose presto; y por esto se renovaron quejas que duraron todo el viaje" (13).

(11) *Ibid.*, p. 139.

(12) *Ibid.*, p. 145.

(13) *Ibid.*, pp. 148-9.

5) LUJO Y ENERGIA DE LA GOBERNADORA

Innecesario parece encarecer la fuerza de personalidad de esta mujer que, sola, en medio de unas tripulaciones hostiles, era capaz de imponerse sin que le acompañase por entero la razón ni la medida. Pues mientras la gente, entre la cual se hallaban madres lactantes, como vimos, pasaba increíble necesidad, doña Isabel no descuidaba su atuendo, ni escatimaba—incluso con cierta ostentación que le aconsejaba su increíble vanidad—para su propio servicio personal y el de su espléndido guardarropa. “Como llevaba el piloto mayor el agua tan en cuidado, por ser poca, y haber por vías secretas grandes gastadores de ella, se hallaba presente al dar la ración. Era muy larga la gobernadora en gastarla y en lavar con ella la ropa, y para este efecto le envió a pedir una botija, a que el piloto mayor le dijo mirase el tiempo, y no parecía justo gastar largo el agua que había, pues era poca. Tuvo éste por gran delito, y sintióse tanto que con mucha ira le dijo: —¿De mi hacienda no puedo hacer lo que quiero?—. Respondióle el piloto mayor que de todos era y por todos iba; que buena era la tasa para lo que faltaba por andar, y suya la obligación de acortarse para que los soldados no dijese que lavaba su ropa con la vida de ellos; y que estimase en mucho la paciencia de los que estaban padeciendo y no quitaban por fuerza cuanto en la nave llevaba; pues gentes hambrientas a veces saben pasar adelante. Quitó la gobernadora las llaves al dispensero que era hombre fiel y a quien el piloto mayor las había dado, y las dió a un criado suyo. No faltó quien dijo al piloto mayor que no se dejase gobernar por una mujer y que a más poco se le hiciese a un hombre; más el piloto mayor respondió que la dejasen gozar el breve espacio que le quedaba de su justo título; que cuando el tiempo obligase a ello, entonces parecería más razón decir lo que agora se decía sin ella” (14).

Al llegar a las proximidades de Manila la tripulación está ya a punto de perecer y las naves en condiciones lamentables, pero la gobernadora se mantiene inflexible manteniendo su parecer en todo frente a los deseos de los pilotos o de la tripula-

(14) *Ibid.*, pp. 150-1.

ción. “El piloto mayor, como vió el peligro de la nave, dijo a la gobernadora que convenía echar fuera la artillería del rey y municiones, y ponerla en uno de aquellos pueblos que cerca estaban y juntamente su hacienda, la de los soldados, mujeres y niños o al menos las cosas de más valor...” (15). Pero la gobernadora no accede a desprenderse de cosas que considera parte de su hacienda. Entonces “... mostró el piloto mayor el papel a la gobernadora, y díjole ser traza suya que todos se le querían ir o alzarse con la nao. Los marineros decían que era tiranía... La gobernadora decía a esto al sargento mayor: —Vaya a Manila y traígame un oídor con soldados y una fragata para irme a hacer castigar a esta gente. Hablaba como lo entendía y obraba si pudiera, como lo mostraba su condición. Todos se quejaban y todos sufrían. Dijo el piloto mayor: —No quiero decir que hice en esta jornada otra cosa buena más de solo sufrir una gobernadora mujer y a sus dos hermanos, y todo esto y más puede el deseo de no ofender el nombre del servicio del Rey: que de presente estaba en manos de doña Isabel Barreto” (16).

Que doña Isabel era capaz de hacer lo que encargaba el sargento mayor, lo demostró un suceso que tuvo lugar a poco. Un soldado se fué a tierra sin permiso en una barquichuela, y a su regreso doña Isabel mandó azotarlo. Intervino entonces con grandes lamentos la mujer del desgraciado marino, y al final lo soltó después de empeñadas discusiones en que la Barreto mostró una vez su férreo carácter.

La nao de la gobernadora tan sólo demoraba su llegada a puerto en espera de mar favorable que le permitiera acercarse a tierra, pues su estado apenas le permitía navegar. Pero ni siquiera la proximidad del fin estimulaba en doña Isabel el deseo de ser más generosa de los víveres que aún se conservaban. Ante las exigencias del piloto mayor, dijo la gobernadora: “Señor capitán: ¿vuesa merced tiene gastados cuarenta mil pesos como yo gasté en esta jornada, o esa gente traé la a su cargo para lo que dice?” (17).

(15) *Ibid.*, pp. 165-6.

(16) *Ibid.*, p. 167.

(17) *Ibid.*, p. 172.

No obstante accedió al fin a sacrificar una ternera que aún vivía.

A poco se aproximaron a la nave unos españoles y subieron a bordo, y se asombraron de ver el estado en que se encontraba la tripulación. "Las mujeres enfermas, cuando los vieron, alzaron la voz diciendo que les traían para comer, o dennos de lo que comen, que rabiamos de hambre y sed" (18).

Al salir vieron dos puercas que había en la nave y dijeron: "¿Cómo no matan a estas puercas? Dijéronles cuyas eran; fuese a la gobernadora y rogóle mucho que las dejase matar, y habiendo dicho: ¡Pese al diablo, tiempo es este de cortesías con puercas! Mandólas matar la gobernadora y un soldado que bien notaba estas cosas exclamando dijo: —¡Oh cruel avaricia!, que hasta a las mujeres piadosas siendo de condición tan blanda, les haces de pedernal el corazón y más en obra tan barata y lustrosa" (19).

6) ARRIBADA Y REGRESO

Al final, la terrible travesía llegó a su término sin que los repetidos amagos de sublevación dieran sus frutos gracias a la energía sin par de doña Isabel, y con la alegría de la arribada se olvidaron los sufrimientos pasados y los excesos de autoridad y numerosas arbitrariedades de la gobernadora, a la cual, sin embargo, debían el éxito de su salvación. Los habitantes de Manila se multiplicaron en obsequiar y atender a los que casi podían llamarse náufragos, y sobre todo obsequiaron a la gobernadora en quien veían a una heroína. "A la gobernadora la sacaron luego a las casas reales del puerto, y de nuevo se le hizo salva al desembarcar; y en habiendo comido, la embarcaron y llevaron a la ciudad. Entró de noche y fué recibida con aparato de hachas y bien hospedada. A los enfermos sacaron de la nao en brazos y fueron llevados al hospital. Las viudas a casa de hombres principales, y después se casaron todas a su gusto. Los convalecientes y demás soldados fueron alojados de vecinos ricos. Los casados pusieron casas, donde los unos

(18) *Ibid.*, p. 177.

(19) *Ibid.*, p. 177.

y los otros fueron de los honrados ciudadanos de Manila bien recibidos, hospedados y curados con mucho amor y gusto. A pocos días murieron diez, y cuatro se entraron religiosos..." (20).

La empresa no había terminado aquí, sin embargo, pues era necesario volver al punto de partida, recabar de la autoridad real la confirmación del título heredado provisionalmente de manos del moribundo Mendaña, y volver con nuevos bríos a la búsqueda de las islas misteriosas que en la segunda expedición se habían negado a los deseos de los exploradores.

En consecuencia, doña Isabel no descansó un momento, y bien imaginada provisión fué hallar un segundo marido que le sirviera de ayuda. "Acabadas estas fiestas—cuenta Quirós—se casó nuestra gobernadora con un caballero mozo llamado don Fernando de Castro, primo del gobernador Mariñas, el cual, como era justo, tomó las cosas de su mujer por propias suyas, y podía en la ciudad mucho; y así, con su ayuda, la nao se avitualló y aprestó de todo lo necesario y se dió a la vela el día de San Lorenzo para hacer viaje a Nueva España, en que por haber salido tan tarde se pasaron increíbles trabajos y tormentas..." (21).

No compete ya a nuestra historia seguir a doña Isabel Barreto en sus andanzas en la corte de España para lograr, en oposición con otros varios pretendientes entre los cuales se encontraba el mismo cronista Fernández de Quirós, que le fuera concedida la gobernación de las islas australes, empresa que al fin le fué negada. Su recuerdo se perdió después, hasta venir a fenecer oscuramente. Pero su historia nos ha conservado la imagen de una mujer de temple excepcional, capaz de medirse de igual a igual con los más intrépidos exploradores que España produjo en aquellos siglos heroicos.

(20) *Ibid.*, pp. 180-1.

(21) *Ibid.*, p. 195.